

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR PROPIETARIO,
JUAN J. VILLANUEVA.

SEMANARIO HUMORÍSTICO

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,
JOSÉ LUIS PELLICER.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real.—En PROVINCIAS: un mes, 5 rs.; tres meses, 15 rs.; número suelto, un real 50 céntimos.—PORTUGAL: tres meses, 16 rs.—FRANCIA, INGLATERRA é ITALIA: tres meses, 20 rs.—AMÉRICA Y FILIPINAS: sem. estre, 5 ps. fs.; un año, 5 1/2 ps. fs.—

Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administración de este periódico, Calle Mayor, núm. 44, principal. Se admiten sellos de comunicaciones; pero en carta certificada.

TIPOS DE BARCELONA.—POR PELLICER.



—¡Ah!, mírala. Es planchadora y porta polisson.

OBSERVACIONES. —POR CUBAS.



—Chico, desengáñate, para nutrirse, no hay como la leche de vacas.
—Sí, pero también, advierte que estando aquí mucho tiempo, se padece horriblemente del olfato.

POR CURIOSO.

Uno de mis mayores defectos es la curiosidad, virtud que poseo en alto grado.

Por mal de mis pecados cierta noche dióme la gana de ver una representación en el teatro de *El Génio*, y á las ocho—quizás impulsado por la mano de la Providencia, que como decía mi tía, castiga y no con palo,—me encaminé á dicho teatro, en el cual, según un descomunal cartel con letras mayúsculas, se representaba el drama de Alejandro Dumas, *Margarita de Borgoña*.

No quedaban asientos desocupados; «así nos divertiremos por completo,» me dije: y con el mismo valor con que César pasó ó no pasó el Rubicon, pues en esto de historias también se miente, y no poco que digamos, me coloqué en la grada.

Al principio me fué imposible poder introducir mi humilde individuo en aquel *pandemonium*, y eso que somos de muy fácil colocación; pero con la mayor imperturbabilidad hice que se corrieran hácia la izquierda unas señoras, al menos á mí tal me parecieron, y á unos caballeros que se estrechaban un poco, y al fin pudimos hacer pié.

El calor era insoportable.

Traté, pues, de sentarme, porque en el sitio que estaba, tras de no ver impedía la vista á los demás.

Aquí empezamos á padecer.

Las señoras que había hecho correrse á la izquierda, fueron las que rompieron primero el fuego.

—Pero, caballero, dijo la de más edad que de seguro había presenciado el degüello de los Inocentes, ¿hemos venido al teatro para que nos prensen como sardinas?... ¿No ve usted que no podemos estrecharnos más?

En cuanto á lo de sardinas le sobraba razón, en cuanto á lo segundo, de seguro se hubiera quejado con más probabilidad el almidón.

—Pero si solo con un poco tengo suficiente.

—¡Cómo! contestó admirada de mi audacia, es que intenta usted acaso colocarse en medio de nosotras, pues se equivoca, desde este momento digo que no me muevo.

—Silencio y siéntense ustedes, exclamaron algunas voces detrás de nosotros.

La Providencia hizo aparecer en aquel instante un inspector de policía, y quieras que no, sin hacer caso de las pestes y quejas, que por cierto no cesaron, me colocó al lado de aquellas señoras, que por lo menos ocupaban ocho asientos.

A mi izquierda estaba sentado un jóven muy presumido con guantes amarillos, cabello negro, rizado y perfumado hasta la saciedad, y que hubiese podido pasar por buen mozo si hubiera tenido mejores narices, pero esta falta no le impedía el que se tuviera en mucho, y esta es una de las cualidades que el mundo más aprecia para sus ulteriores juicios.

El público se impacientaba de lo lindo porque tardaban en empezar, y el público del teatro de *El Génio* tenía un modo muy significativo de dar á conocer sus deseos.

En el patio no se oían más que golpes, en las galerías daban palmadas, y en la grada unos silbidos acompañados de los gritos «*el telon, el telon,*» que daba gozo verlo.

Este modo de manifestar sus afectos tan al natural, hizo proferir al lindo pisaverde en denuestos contra tales maneras en un principio, pero, por último, participó de la corriente general y exclamó:

—¡Demonio! tienen razón. ¡Cuánto tardan! ¡Es una pesadez insufrible! ¡Y luego quieren que se venga á estas funciones!

Como le ví tan enfurecido juzgué llegado el momento de entablar conversación, cosa muy natural, pues he observado que la cólera y el dolor, son los sentimientos que nos hacen más comunicativos.

—Es bueno el drama, le dije.

—¡Oh! contestóme un si es no es más tranquilo, una obra maestra, aún cuando visto uno visto todos, un tirano ó un traidor, una huérfana ó una reina adúltera son por lo regular su argumento, sesenta representaciones he visto este año, y todas pudiera decir que están cortadas por el mismo patron.

—¿Es V. muy aficionado al teatro?

—No, solo vengo por matar el tiempo; la sociedad se va relajando de tal modo que ningun hombre de *corazon* puede sufrirla...

—¡Ya!...

—Además que el teatro es la escuela de las costumbres.
—Segun me han dicho, las buenas costumbres de este drama tienen seis cuadros.

EL TRAM-VIA.—POR SMIT.



—¿A dónde va V. tan armado, D. Roque?

—Al barrio de Pozas, y voy á tomar el tram-vía.

—Cierto, y cada uno un nombre á cual más filosófico. Segun mi opinion, (y recalco mucho la frase), segun mi parecer, repito, *Margarita de Borgoña* no deja nada que desear en este concepto, y mi voto no deja de tener algun peso, porque vivo en la misma casa que el galan jóven.

—¡Ya! repetí por segunda vez.

—Como verá usted, su argumento es de los más sencillos. Primero aparece un salon el cual tiene una ventana que da al Sena; no, primero un bosque, del cual tiran al mar... tampoco, es una taberna... En fin, ello es que no matan más que á dos debiendo ser tres los muertos. Ya comprenderá usted por este episodio, que su fin no puede ser más moral.

—Pues, señor, quedo enterado.

—Sí, es muy sencillo su argumento, prosiguió con la mayor formalidad, pero no sucede lo mismo con otros en que pasan años y años de un acto á otro que es un contento.

—Sin embargo, repliqué, no creo que este sea un gran mal, porque para encontrar gusto en una cosa no hay necesidad de comprenderla.

(Se concluirá.)

Vicente Cuenca.

ABDHALA.

I.

A somada al ajiméz
de una antiquísima casa,
cuyos sucios paredones
Genil, por limpiarlos baña:
Tendiendo ansiosa la vista
por la vega de Granada,

y haciéndose toda ojos
por los que se asoma el alma;

Impaciente y deseosa
á su gentil moro aguarda,
la encantadora Zulima
llena de joyas y galas.

Por ella muchos galanes
olvidan costumbres santas,
dejando de ir á la Meca
por poder quedarse en Bábía.

Pero Zulima les oye
como al faldero que ladra;
pues desfallece de amores
por el terrible Abu-Abdhala,
morazo de cara fosca
y endurecidas entrañas,
valenton y mata-siete,
llena de chirlos la cara.

—¡Ay, moro de mis pecados,
válgame Alá y cuánto tardas!
dice y exhala un suspiro
más ardiente que una fragua,
y vuelve á tender la vista
por la vega de Granada
á tiempo que un punto negro
se divisa en lontananza,
y «¿él es!» la bella Zulima
llena de júbilo exclama.

II.

Ginete en negro caballo,
aun más negro que su alma,
entre amante y presumido
se acerca al fin Abu-Abdhala.

Llevaba rojo bonete,
y en la marlota morada
un borrico, y esta empresa:
«A él se parece quien ama.»

VERRUGAS DE



El sorbete de fresa y mantecado produce, de seguro, un entripado. Con tales imprudencias se sienten horrorosas consecuencias.



Hártanse de buñuelos á dos manos algunos apreciables ciudadanos. Se ponen de aguardiente á medios pelós, y tratan de otra clase de buñuelos.

En el hombro un lazo verde y escritas estas palabras:

«Mi desmedida afición al verde, está bien probada.»

Un mofetudo Cupido lleva pintado en la adarga, y debajo esta inscripción: «Nos convierte en papanatas.»

Y así en mil motes pregona de aquellos tiempos á usanza, ó el fuego de sus pasiones, ó las prendas de su amada: que era entonces necesario para agradar á una dama, que en un cartelón de anuncios el hombre se trasformara.

Llegóse, pues, el morazo y con su voz de chicharra entre blanco y entre tinto, pese á la ley de su casta; —Que Alá te guarde, Zulima, dijo, y ella remilgada contestó entre dos suspiros: —El te proteja, Abu-Abdhala. —Protégeme tú, mi cielo, premia mi amante constancia y deja que humilde esclavo, los piés te bese, sultana; que nunca el amor tan solo se alimentó de palabras.

Y al decir esto el morito deja ver en sus miradas, que el demonio del deseo le está destrozando el alma.

III.

Y ya la bella Zulima para quien es una carga

la timidez, y desea echársela á las espaldas, dejando á un lado el rubor á ablandarse comenzaba:

Y ya aquel árabe hambriento echando pié á tierra estaba, cuando abriéndose la puerta, en tropel desordenada salieron doce criados asidos á doce estacas, y con rapidez furiosa lanzándose sobre Abdhala, le rompieron las costillas haciéndole en las espaldas, numerosos cardenales con pretensiones de papas.

Logró por fin desasirse de aquella turba malvada, y en el caballo subiéndose con presteza inusitada, trató de echar tierra en medio, mientras con voz destemplada gritó el padre de Zulima:

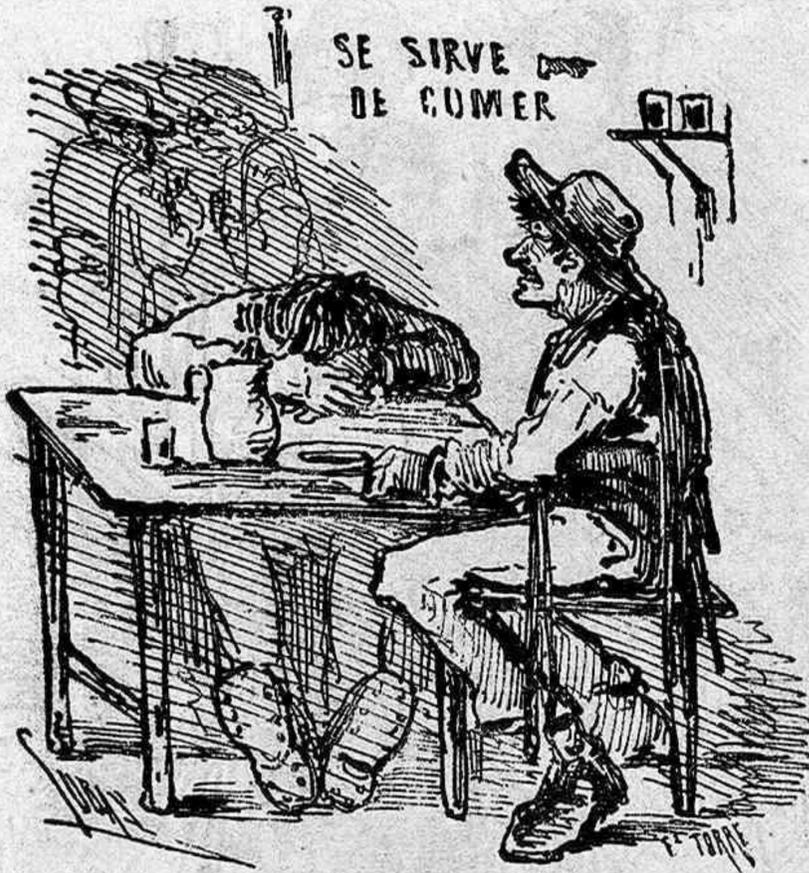
—«Así premio tu constancia: véte y no vuelvas, ó juro de Mahoma por las barbas, que si alguna vez te veo por aquí, te rompo el alma.

Ya lo sabes; yo entretanto á esta atrevida muchacha, le voy á dar una zurra para que olvide sus ansias.»

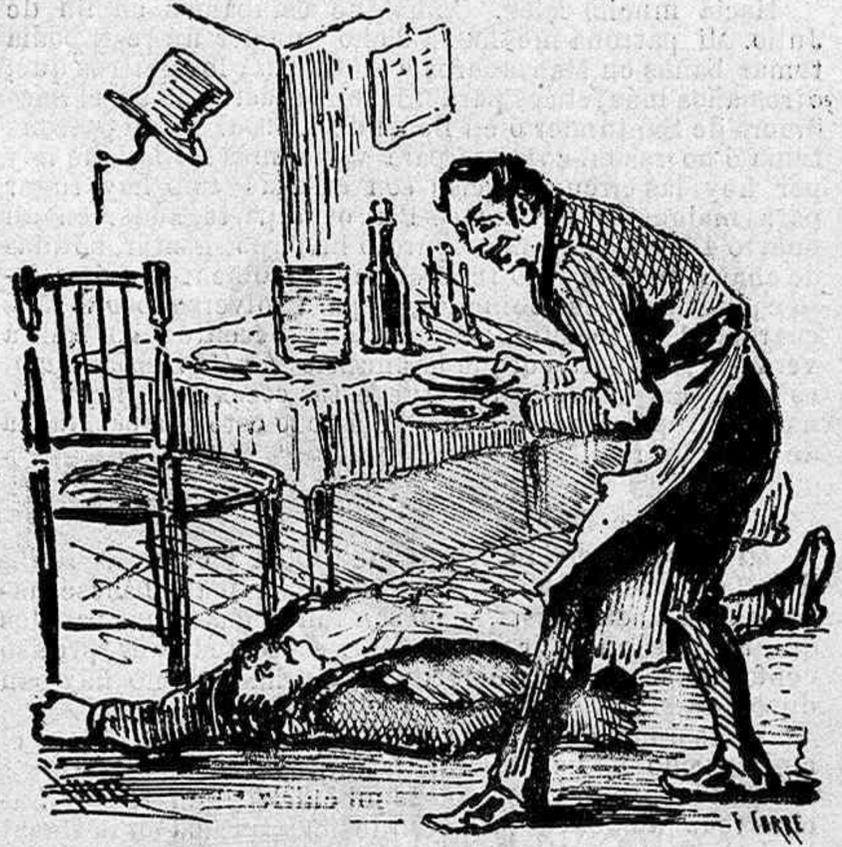
Y esto diciendo el tirano andando se entró en su casa, mientras el Genil corria, y el triste amante, volaba.

Arturo Vazquez.

MADRID.—POR GUBAS.



Sopa y cocido diez y siete cuartos,
no dejarán los estómagos muy hartos.
¡A tales *tascas* gente habrá que asista,
y mozo de cordel que las resista?



El peor mal de los males
es comer un cubierto de ocho reales.
Pues quien comete tales desaciertos,
bien se puede contar entre los muertos.



Las cenas del café, no son baratas,
y un bistek con patatas
¡ay! cinco reales cuesta, y es probado
que uno se queda sin haber cenado.



En casas de comidas de á peseta,
al más fuerte le da una pataleta.
¡Y muchos lo hacen por cuestion de ahorro!
¡¡Por fortuna aun hay casas de socorro!!

M. Gubas.

EN EL MANZANARES.

Hacia mucho calor. Como que estábamos en fin de Julio. Mi patrona me había dicho que por un real, podía tomar baños en Manzanares y ahorrarme los dineros que, otros años más felices para mí, solía gastarme en el Sardinero de Santander ó en Belen de Lisboa. Si mi patrona tenía ó no razon, cosa era para verlo más tarde, que hoy por hoy las circunstancias son críticas y no hay lugar para malgastar el tiempo. Por otra parte, sudar en un cuarto 4.º, vestirse de riguroso invierno, gastar botinas de charol de vaca y no tener uno un momento de descanso con los malditos chinchas, es para volverse loco el más cuerdo. Pero, ser también persona decente y no salir á veranear, siquiera porque lo anuncie *La Correspondencia*, es renunciar á la felicidad que estas cosas nos proporcionan en el próximo invierno. ¡Y á todo esto sin esperanza de tener un real!

..

Mi patrona volvía á repetirme un día y otro:

—No sea usted tonto; va usted á caer malo; báñese usted en el Manzanares, que no son tan malas aguas para los que no pueden salir á veranear: sobre todo, es preciso conformarse con la suerte: á buen hambre no hay pan duro.

Ya casi me daba por vencido; pero la dignidad y el amor propio me hacían resistir aún.

En tanto sudaba, y desde mi chirivital mataba chinchas toda la noche. Por las tardes me paseaba en la Cuesta de la Vega, y los domingos me iba de madrugada al Retiro.

Mi patrona volvía á sus trece:

—Mire V. que se le van á derretir los sesos. Todo el mundo va al Manzanares. Las del portal, la mujer del barbero de la esquina, el tabernero de al lado, el dentista del segundo, las prestamistas del principal, todo el mundo, hasta el carbonero de casa, va por las tardes al río. Despues de todo, este año está aquello muy bueno. Los baños del Arco Iris, los de la Estrella, los de España, los del Sol, todos están cubiertos de esteras, las arenas del suelo no lastiman los piés y el agua corre cristalina y pura como por una cascada. El otro día me decía mi cortadora que hasta podía beberse aquel agua. Yo, si V. quiere, podremos irnos juntos y llevaremos por delante á las niñas, para que gocen este año de algo... ¡Pobrecitas mías, que llevan una vida de mil demonios!

..

Por fin, mi patrona venció. Al día siguiente nos preparábamos para ir al río. Eran las cinco de la tarde. Mi patrona se alijeró de ropa, las niñas se pusieron las batas, y yo, envuelto en mi paletó de chinchilla, las acompañaba con la cabeza baja. Desde la calle de Jorje Juan, paso tras paso, vinimos á Recoletos, calle de Alcalá, Puerta del Sol, Arenal, Biblioteca, Plaza de Oriente, Puerta de San Vicente y al Manzanares. Yo no he sudado más en mi vida. La ropa tenía pegada á las espaldas. Mi patrona y sus hijas, por el contrario, aire y más aire con los pericones y frescas como una lechuga. Bajamos unas escaleras de madera, atravesamos muchos lavaderos y entramos en un barracon, sobre cuya portada se leía: *Baños y Merendero del Rubio*.

—¿Quieren Vds. ropa ú otra asistencia? nos preguntaron al entrar.

—Traemos de todo, respondió Doña Cirila, mi patrona.

—¿Van Vds. al general, ó quieren baño separado? nos volvió á preguntar el dueño.

—Al general, replicó Doña Cirila.

—No puede ser; al menos este caballero no puede entrar con usted, sino al departamento de hombres.

—Es que *semos* una familia.

—No importa.

—Es que este caballero es una persona muy decente, que este año no puede ir á Santander; por eso viene con nosotras y tiene que bañarse en el Manzanares.

—Pero en departamento de caballeros.

—Bien, que se bañe donde V. quiera, replicó Doña Cirila, mientras yo seguía al bañero hasta el extremo del barracon donde levantando una cortina de esparto me dijo:

ACTUALIDADES. —POR PEREA.



EN EL MANZANARES.

—Cúbrete, hija, cúbrete, que cuando tu padre vivía ya era otra cosa, pues cuidaba siempre mirando por las rendijas.

—Aquí puede V. quedarse.

..

En efecto, entré en aquel cajón de madera dividido de otros por esteras viejas y cubierta de lona pintada. Apenas cabíamos en él. A mis piés el agua súcia, enjabonada y removida de fango y arena, servía para que unos veinte ó treinta jóvenes pudiesen sumergirse hasta medio cuerpo. Yo, sentado sobre un banquillo de pino blanco, contemplaba aquel local, tan celebrado por mi patrona, y sin decidirme á mojar mi cuerpo, en aquel lavadero asqueroso, encendí un coracero de á *perro grande* y me di á pensar. Comprendí, á muy poco, por qué se bañaban allí aquellas gentes.

Los barberos, van á recoger el agua enjabonada para hacer la barba á sus parroquianos.

Los carboneros á limpiarse el tizne.

Los prestamistas á purificar su alma, manchada por el pecado de la usura.

Los dentistas por agua súcia, para confeccionar el elixir dentífico con que poder embaucar á los incautos.

Las modistas á lucir las batas de percal.

Las cursis porque las vean con zapato escotado.

Las feas á exhibir sus horrores.

Las mamás á pasear las pollas.

Y la mayoría de las gentes á lavarse el cuerpo por un real.

..

Al salir de aquella semi-cloaca mi patrona venía por mí.

—¿Qué tal el agua? me preguntó.

EN LOS JARDINILLOS DE LA PLAZA DE ORIENTE. —POR CUBAS.]



—¿Sabe V., qué hora es?
 —Capitan retirado, hija.
 —No digo eso.
 —Ni yo lo otro.

—¡Admirable, Doña Cirila!
 —¿Volveremos mañana?
 —Nunca, señora, nunca. Prefiero achicharrarme en mi chirivital á venir al Manzanares donde no hay más que porquería. Entre el calor de la casa y la porquería del Manzanares, prefiero bañarme... en sudor desde mi boardilla.

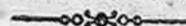
Nicolás Diaz y Perez.

SUCEDIDO.

En un café de esta corte,
 cuyo nombre no hace al caso,
 á un camarero novicio
 le dió un duro un parroquiano,
 hijo de Rota, la tierra

de los tomates baratos.
 Aquel lo empezó á sonar
 sobre la mesa de mármol,
 repitiendo á cada instante:
 —«No me suena el *cundenado*.»
 Porque el *niño* era gallego
 y natural de Cambados.
 El parroquiano decia:
 —«Bueno es;» y vuelta á sonarlo.
 Hasta que el consumidor
 soberbiamente cargado
 de insistencia tan mayúscula,
 le dijo así:—«Pero, ¡bárbaro!
 ¿crees que es una guitarra
 ese duro que te he *dao*?»

Juan Antonio Barral.



CANTARES.

No te fies de mujeres
si te dan solo un... «que sí»
no es hipoteca bastante
la palabra femenil.

Dicen que ayer en el Prado
se vieron rostros muy bellos;
lo que yo digo es que vi
muchas toallas de Venus.

Cuando jóven por guardarla
te hace vivir en un credo;
cuando jamona, la miras,
llegada á suegra... laus Deo.

J. L. Retamar y Marquez.

PERO...

Tienes, Filena, rostro angelical,
cabellos de oro, dientes de marfil,
ojos como luceros, pié sutil,
y labios de purísimo coral;
esbelto talle cual la flor gentil,
y un conjunto de gracias sin igual;
pero... tienes también, ¡suerte cruel!
una madre más mala que Luzbel.

Liborio C. Porset.

Un sujeto, que estaba observando la arquitectura de un convento, dijo á otro que pasaba:

—No hay nada como el orden corintio para estas construcciones.

—¿Sí? Pues yo creía que era de la orden de San Francisco, repuso el interpelado.

Cierto comerciante, que tenía que librar una letra á la vista contra un ciego, se vió embarazado respecto á la forma en que debía estenderla. Por fin se dió una palmada en la frente como inspirado por una idea, y puso:

—A ciegas, pagará...

Decía un amigo nuestro soltero, que para que un matrimonio sea feliz se necesitan dos cosas: que la mujer sea ciega y el marido sordo.

—¿Qué me dices? preguntaba cierto actor á un amigo nuestro.—Me quieren escriturar de primer galan en Apolo: ¿aceto?

—Aceta; es una experiencia: así como así, para segundo ya sabes tú que no sirves.

Preguntaba á un jóven un jesuita:

—¿Entre los hijos de tu padre puede haber alguno que no sea hermano tuyo?

—Puede.

—¿Cuál de ellos?

—Mi hermana.

EPÍGRAMAS.

Aritmética enseñar
me propuse á Rosa Yeses,
y al cabo de algunos meses...
ya supo multiplicar.

J. Botella.

Juanita la peñadora
hablando de doña Aurora
me dijo con ojos tiernos:

—Yo le pongo á esa señora
todos los días los cuernos!

R. Puente y Brañas.

Una noche de verano,
dijo un ciego que vendía
billetes de lotería:

—¡La suerte tengo en la mano!
Y una no se le veía.

Constantino Gil.

Del cólera morbo-asiático
hablábase en una casa,
á tiempo que tuvo Blasa
un descuido anti-aromático.

Y uno que se hallaba allí
exclamó con tono agreste:
«Me parece que la peste
no anda muy lejos de aquí.»

Liborio C. Porset.

MOVIMIENTO LITERARIO.

Continúa á la venta en esta Administración, el notable libro de nuestro amigo Nicolás Diaz y Perez, *Historia de Talavera la Real*, al precio de 18 rs. para Madrid y 20 Provincias.

—*Horrores y Vergüenzas de la Intolerancia Religiosa*: folleto de cierta actualidad, que se vende en esta Administración, al fabuloso precio de ¡¡dos reales!!

—Digno es ciertamente del favor del público, el notable libro de nuestro amigo Serafín Olave, *Reseña histórica y Análisis comparativo de las Constituciones Forales de Valencia, Aragon, Navarra y Cataluña*. Esta obra, de gran interés para los reinos citados, contiene preciosos datos históricos, y á pesar de sus inmejorables condiciones materiales y gran extension, se vende en esta Administración al precio de 12 reales para toda España.

La Sociedad Protectora de los animales y las plantas, de Cádiz, ha publicado el programa de un concurso literario, que celebrará en interés de los principios que defiende y para optar al premio de la señora viuda de Daniel Dollfus. De seguro que este certámen será un verdadero acontecimiento.

—No les desearé á Vds. que tengan que entrar en ninguna farmacia; pero como no estamos libres de ello, bueno es que sepan, que en Barcelona hay la de Genové, Rambla del Centro frente al Liceo, en donde encontrarán ustedes (y repito que ojalá no tengan necesidad de este encuentro) toda clase de productos farmacéuticos, jarabes y preparados.

—Reconocido el buen humor de ustedes, deben dirigirse á esta Administración pidiendo:

El Ramillete de Chistes, cuatro reales; ó el 1.º y 2.º cuaderno del *Album Cómico*: dos reales cada uno.

—El conocido editor de Valencia, Pascual Aguilar, ha publicado un bonito Almanaque humorístico é instructivo para 1876. Su precio: cuatro reales.

Solucion á la charada del número anterior:

1.ª—ESCUDO

2.ª—MARIANO.

CHARADA.

Prima, lector, es la tumba
de infinitos marineros;
y mi segunda una letra
que decirte ahora no puedo.
Tercia y cuarta es vegetal
de muy frecuente cultivo:
y el todo, lo acertarás
por ser nombre conocido.

Manuel Sanchez.

(La solucion en el próximo número.)

MADRID.—IMPRESA DE M. MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 49.